

recogieron con abundancia en esta población fervorosisima de Santiago.

Pasadas las Navidades se trazó una excursión apostólica para todo el año siguiente de 1673. Los dos Padres, Tirso y Rubí, empezaron por predicar en Betanzos, después en Nois, y luego, en el tiempo de Cuaresma, se detuvieron más despacio en la Coruña. Después fueron recorriendo otros pueblos importantes como Barcala, Bergantinos, Malpica, etc., hasta que al fin del año volvieron a descansar en Santiago. Pensaba continuar el P. Tirso sus predicaciones en la región de Galicia, pero de pronto se vió obligado a interrumpir aquellos trabajos y dirigirse a Madrid por Enero de 1674.

Es un fenómeno, que muestra la profunda piedad del antiguo pueblo español, el que ciudades tan populosas como Sevilla y Madrid, después de haber visto una misión que removía profundamente a toda la ciudad, pedían a los dos o tres años otra parecida y suspiraban por los mismos misioneros, siendo así que este trabajo de la misión debía considerarse como un remedio espiritual extraordinario que sólo se administra de tarde en tarde. A instancias, pues, de los Padres de Madrid y de otras ilustres personas de nuestra aristocracia, hubo de pasar a la Corte el P. Tirso, y en toda la Cuaresma de 1674 repitió la misión que antes había dado. En San Ginés, en San Sebastián, en el colegio Imperial, en el Noviciado y en otras iglesias, fué predicando con su acostumbrado fervor y fomentando las obras buenas que antes había fundado en la Corte. Aunque todos nuestros Padres le auxiliaron como podían, distinguióse por su celo apostólico el P. Gamboa, que hizo a su lado lo que en Galicia el P. Rubí.

Una particularidad hubo ahora que no se había visto la otra vez en Madrid, y fué que el P. Tirso procuró, como él mismo dice, meter la misión en Palacio. ¿Cómo se pudo lograr una obra tan difícil por los tropiezos que, naturalmente, se habían de presentar en la etiqueta palaciega y en las costumbres tan distintas de personas tan elevadas? El Señor facilitó la empresa por un medio muy natural. Oigamos lo que nos dice el mismo P. Tirso: «El P. Francisco Gamboa, que tenía mucha mano con la señora Marquesa de Los Vélez, instó con ella, significándole cómo trabajaría para servicio de Dios si se lograba lo que la proponía. Su Excelencia, que es mujer de mucha capacidad y talento, viendo a las damas tan deseosas de misión, sin dar parte a la Reina

nuestra señora, envió un recado al P. Rector del colegio Imperial, rogándole enviase a Palacio a los Padres misioneros, para que hiciesen pláticas durante la semana de Pasión. Después de esto dió aviso a las damas y preguntó al Rey nuestro señor si gustaría de oír la explicación de la doctrina y una plática. (Recuérdese que el Rey Carlos II era entonces niño de trece años.) Respondió Su Majestad que sí. Con que se empezaron las pláticas. La Sra. Marquesa, después de hecha la cosa, significó a la Reina que había traído pláticas a su cuarto, porque en tiempos pasados había ejemplos de la Sra. Condesa de Olivares, que había hecho otro tanto, cuando era aya del Príncipe o camarera de la Reina. De este modo se introdujeron y fueron prosiguiendo las pláticas.

»La silla del predicador se ponía junto al altar del oratorio de la Sra. Marquesa, enfrente de una puerta que entra al salón, donde tenía Su Excelencia la cama, estando la puerta abierta, y allí se ponía una silla al Rey nuestro señor, que estaba secreto y no nos habíamos de dar por entendidos que estaba allí. Al principio se hacía una humillación con la cabeza a todas aquellas señoras que estaban presentes. Las damas y la Sra. Duquesa del Infantado, la Guarda Mayor y otras señoras que cabían en el oratorio, se sentaban allí y estaban algunas pegadas a la silla, por ser la pieza estrecha. Las damas que no cabían allí estaban en una antesala capaz que está al lado del Evangelio del altar. Los dos primeros días asistió solamente el Rey nuestro señor: los cuatro o cinco siguientes también la Reina. Estaba el Rey con más quietud y atención de lo que pedían sus pocos años, sin menearse en aquella silla ni hablar una palabra con el enano que estaba sentado a los pies de Su Majestad en el suelo. Salió contentísimo de las pláticas, repitiendo el ejemplo o ejemplos que se habían contado. Al principio se hacía un poco de explicación de doctrina, luego se seguía la plática, y todo ello no duraba más de una hora, porque la Reina nuestra señora se iba derecha de allí a dar audiencia. Estuvo el Rey tan gustoso en las pláticas que, teniendo la Reina nuestra señora echada [anunciada] salida a la Encarnación o a las Descalzas para una de aquellas tardes, Su Majestad dijo: Madre, yo más quiero la misión que el paseo» (1).

Tal fué la peregrina misión que metió el P. Tirso en el Pala-

(1) Reyero *ibid.*, p. 411.



cio Real y que dió por fruto el que se confesasen devotamente con él muchas ilustres damas de Palacio. No debemos omitir que mientras trabajaba tan fervoroso en el púlpito y en el confesionario, se entretuvo también el P. Tirso en hacer imprimir algunos libros piadosos, para edificación de las almas buenas, tales como la *Práctica de ayudar a bien morir*, del P. Luis de la Puente; *El tesoro escondido en las enfermedades y trabajos*, del mismo autor; *Los novísimos*, del P. Salazar y algunas otras. Entre estos libros tuvo tal vez mayor resonancia la *Respuesta sobre el abuso de los escotados*, libro del mismo P. Tirso, que había sido impreso poco antes por diligencia del Sr. Arzobispo de Santiago y que contribuyó bastante a que se moderase la indecencia de los vestidos y a que se corrigiese el abuso, tan generalizado entonces como ahora, de los vestidos demasiado escotados y abiertos.

Por Junio de este mismo año 1674 predicó una misión en Zamora por espacio de tres semanas, y habiendo descansado durante los calores del verano, hizo misiones fructuosísimas en los meses de Setiembre y Octubre, primero en León, y después en Villafranca. Durante año y medio, es decir, desde principios de 1675 hasta el verano de 1676, continuaron las tareas apostólicas del P. Tirso como en los tiempos precedentes. El campo de sus fatigas fué primero Galicia y después Castilla. Las misiones predominantes durante esta época pueden llamarse las de Lugo, Orense y Palencia. En la primera de 1676 le sobrevino una desgracia que puso en peligro su carrera apostólica. Durante la cuaresma dirigiase al pueblo Vez de Marban, acompañado de su párroco para dar allí una misión. Iba montado en una modesta mula, a la que habían puesto una albarda muy pequeña. Llevaba delante de sí la maleta, sujetándola con el brazo izquierdo, porque no había otro modo de acomodar aquel bulto sobre la cabalgadura. Yendo en amable conversación con su compañero, de repente al bajar una cuesta, se inclinó mucho la maleta hacia el lado izquierdo. Quiso detenerla el P. Tirso, y para esto se agarró instintivamente con la mano derecha a la albarda. Desgraciadamente, ésta no se hallaba muy sujeta a la cabalgadura, y en vez de sostener al Padre, albarda, jinete y maleta dieron consigo en el suelo. En esta caída se rompió el P. Tirso el brazo izquierdo cerca del codo. Hiciéronle la primera cura en Vez de Marban, y después trasladado a Villagarcía, se fué poco a poco curando de aquella peligrosa fractura. Temióse que su brazo iz-

quierdo quedase inútil para siempre; pero gracias a Dios la cura se fué haciendo con bastante regularidad y ya en el verano se hallaba nuestro misionero tan animoso como siempre, trazando un plan de campaña espiritual por la diócesis de Oviedo. Mas he aquí que de pronto se entorpeció su apostolado por un acontecimiento bastante imprevisto.

9. En dos años consecutivos, 1675 y 76, desaparecieron del campo apostólico los dos admirables misioneros, Guillén y Tirso González. Al P. Guillén le alcanzó la muerte en el colegio de Madrid. Gastado tal vez por las excesivas fatigas que había soportado en diez años de continuas misiones, se vió acometido por su última enfermedad, y el 19 de Enero de 1675, rodeado de los Padres y Hermanos Matritenses, expiró con los afectos de la más tierna piedad el fervorósimo misionero Gabriel Guillén.

Al año siguiente fué restituido el P. Tirso a las tareas del profesorado. Habían fallecido pocos meses antes en Salamanca dos jesuitas extranjeros ilustres, que sostenían en aquella célebre Universidad el crédito literario de la Compañía de Jesús. Eran el P. Ricardo Lynch, irlandés, a quien se daba en España el nombre de *Lince* y en latín *Lincaeus*. Había regentado este Padre algunos años la cátedra de visperas en la Universidad de Salamanca, y por su mucha ancianidad le había sucedido en aquel puesto el P. Juan Barbiano, milanés. Ambos eran reputados como los mejores maestros de teología que teníamos en la provincia de Castilla. Habiendo desaparecido estos dos hombres, era necesario buscar un buen maestro que ocupase el puesto vacante, pues una cátedra de teología en Salamanca se miraba como un punto importantísimo que se debía defender a todo trance. Una cátedra de este género era mirada entonces en el campo literario, como ahora se consideraría una plaza fuerte de primer orden en tiempo de guerra.

Recorriendo su provincia el P. Diego de la Fuente Hurtado, Provincial de Castilla, no halló ningún sujeto que pudiera ocupar tan dignamente aquel puesto como el P. Tirso González. Ya se había éste ejercitado diez años en la enseñanza de la teología, y según se desprende de varias de sus cartas, nunca había dejado de las manos los libros teológicos. Mientras predicaba misiones por España, estaba terminando algunos tomos teológicos que antes había preparado. Juzgó, pues, el Provincial, que nadie como el P. Tirso sería bueno para la cátedra de Salamanca. Trató el



negocio con sus consultores, y escribió a Madrid para que se obtuviese del Rey y de su Consejo el nombramiento del P. Tirso para la cátedra de vísperas. Todo se hizo sin decir una palabra al interesado. «El P. Provincial, dice Tirso, y sus consultores, anduvieron con tanto secreto, que primero tenían la cosa amasada en Madrid, que me diesen noticia ni supiese nada» (1). Por el mes de Octubre, cuando el P. Tirso estaba ya, como quien dice, con un pie en el estribo para ir a la misión de Oviedo, le avisó por fin el P. Provincial de lo que se había tratado. Quedó sorprendido el misionero, y al instante dirigió una carta muy encarecida al mismo Provincial, suplicándole no le impusiese aquella carga y le permitiese continuar en las tareas apostólicas, que con tanta gloria de Dios había ejercitado durante once años. Ya era tarde para conseguir esto. En Salamanca había comenzado el curso y todos se sorprendieron un poco, viendo que la clase de vísperas la empezaba a desempeñar un Padre con el título de *sustituto*. ¿Quién será el maestro en propiedad, se preguntaban los estudiantes? El P. Provincial oyó todas las razones propuestas, pero le respondió que ya estaban considerados no solamente en la provincia de Castilla, sino también en el Real Consejo de Su Majestad, por lo cual ya no era posible volver atrás. Efectivamente, ¿cómo deshacer un negocio preparado por el P. Provincial y sus consultores, examinado en el Consejo Real, y por fin resuelto y determinado por el mismo Rey Carlos II? Fué, pues, necesario obedecer.

No dejaremos de advertir, que quien más sintió tal vez esta mudanza fué el P. General, Juan Pablo Oliva. Si le hubieran avisado con tiempo, probablemente hubiera hallado modo de resistir. Empero, viendo la cosa ya hecha, hubo de resignarse y tener paciencia.

El P. Tirso empezó a desempeñar su cátedra el día 11 de Noviembre de 1676. Sin embargo, no se crea que se olvidó de su ministerio predilecto. En los diez años siguientes, cuando tenía algunos días desocupados en la cátedra, los consagraba a las misiones, sobre todo en la temporada de vacaciones, y algunas veces en cuaresma. En 1679 repitió la misión de Sevilla, para la cual fué enviado por una razón secreta que más abajo declararemos. También repitió misión en Madrid y la dió en Ciudad Ro-

(1) Rezero, *ibid.*, p. 553. Tirso a Oliva, 14 Noviembre 1676.

drigo y en otros puntos que antes no había visitado. Sin dejar, pues, la tarea obligada de la enseñanza, el P. Tirso González fué todo lo posible misionero.

¿Qué debemos pensar de la acción apostólica de este hombre? No hay duda que por entonces fué el primer misionero de España, y estamos por decir, de toda la Compañía. Su acción no fué tan extensa como la del P. Jerónimo López, como que duró próximamente once años, mientras que la de su predecesor se continuó por casi cuarenta. En cambio el P. Tirso le hace una ventaja que no debemos pasar por alto. Si recuerda el lector lo que dijimos en el tomo precedente sobre el P. Jerónimo López, verá que este misionero trabajó principalmente en pueblos secundarios y aldeas. Salvo cuatro o cinco excursiones en grandes ciudades, su celo apostólico se explayaba en pueblos oscuros, y así pudo santificar a mil trescientas aldeas del Oriente y Centro de España. En cambio, el P. Tirso González pudo ser llamado el misionero de las grandes ciudades. Dió misiones cumplidas en las siguientes, que hoy son capitales de provincia: Madrid, Sevilla, Málaga, Granada, Badajoz, Segovia, Avila, Salamanca, Zamora, Valladolid, Burgos, Pamplona, León, Lugo, Orense y La Coruña. También santificó a otras ciudades importantes, que sin ser capitales de provincia, son ahora y eran entonces de grandísima importancia. Tales son, por ejemplo: Santiago, Ciudad Rodrigo, Alcálá, Coria, Jerez, Motril y Ecija. Pues si consideramos el fruto inmenso que recogió en estas capitales, las comuniones generales de miles y miles de personas, las confesiones generales sin cuento que se hacían con ocasión de los actos de contrición, la renovaciones espirituales de tantas personas ilustres y el incremento de piedad y religión que se difundió por todos los estados de la sociedad, debemos concluir, que el fruto espiritual recogido por el P. Tirso González fué verdaderamente excepcional, y si no fué tan extenso, debe llamarse más denso y escogido que el de su predecesor Jerónimo López. Debemos lamentar, y sinceramente lamentamos, que le cambiasen de oficio y le volviesen otra vez a la cátedra. Como misionero no tenía rival en toda España, como catedrático veremos más adelante las pesadumbres que nos dió y el trabajo en que puso a la Compañía. Quiera Dios despertar en muchos de los nuestros el fervoroso celo apostólico que animó constantemente a hombres como Jerónimo López, Tirso González y Gabriel Guillén.